

Capítulo 1

Kent, 1812

Las visitas que se presentan por la noche nunca traen buenas noticias. Los golpes en la puerta de su ala particular en la inmensa casa señorial Westerfield Manor, despertaron a lady Agnes Westerfield. Puesto que los criados dormían dos plantas más arriba y deseaba parar el ruido antes que despertara a sus alumnos, se puso las zapatillas y la bata de lana y salió en dirección a la puerta.

La luz de la vela formaba sombras inquietantes en las paredes; la lluvia suave pero pareja caía sobre las ventanas y su golpeteo fue interrumpido por dos sonoras campanadas del reloj del vestíbulo.

Entre las tranquilas colinas de Kent era improbable que los ladrones golpearan la puerta, pero de todos modos preguntó:

—¿Quién es?

—Randall.

Al reconocer la voz abrió la puerta, y el corazón se le vino al suelo al ver a los tres jóvenes altos en la escalinata de entrada.

Randall, Kirkland y Masterson habían formado parte de su primera clase, sus «señores extraviados», como los llamaba, que necesitaban especial cuidado y educación. Eran seis chicos los que formaban esa clase, y se hicieron tan amigos que estaban más unidos que si fueran hermanos. Uno murió en el caos de Francia; otro esta-

ba en Portugal. Que aparecieran tres de los otros con las caras angustiadas no presagiaba nada bueno.

Los invitó a entrar con un gesto.

—¿Le ha ocurrido algo a Ballard? —preguntó, dando voz a una preocupación que tenía desde hacía meses—. Portugal es un lugar peligroso, estando ahí el ejército francés enloquecido.

Alex Randall entró y se quitó la capa empapada por la lluvia. Cojeaba por una herida que le hicieron en la Península, pero seguía ridículamente apuesto con su uniforme escarlata del ejército.

—A Ballard no —dijo—. Se trata de... de Ashton.

Ashton era el sexto de la clase, el más enigmático y tal vez el más querido de todos ellos. Se preparó para la noticia:

—¿Ha muerto?

—Sí —contestó James Kirkland lisa y llanamente—. Supimos la noticia en el club e inmediatamente vinimos a comunicársela.

Ella cerró los ojos, angustiada. No era justo que los jóvenes murieran mientras los viejos seguían viviendo. Pero no había tardado mucho en comprender que la vida no es justa.

Sintió un brazo consolador sobre los hombros. Abrió los ojos y vio que era Will Masterson, serio y callado, que siempre sabía qué convenía hacer.

—¿Y habéis venido los tres para asistirme si me daba un ataque de histeria y me ponía a chillar? —preguntó, tratando de ser la tranquila directora a la que conocían desde hacía tantos años.

Masterson sonrió irónico.

—Tal vez. O tal vez simplemente deseábamos recibir consuelo de usted.

Esa era la verdad de fondo, supuso ella. Ninguno de sus jóvenes caballeros había tenido una madre decente, así que ella había asumido ese papel en sus vidas.

Apareció una criada bostezando, así que le ordenó que trajera comida para sus visitantes. Los jóvenes siempre necesitan comer, sobre todo después de una larga cabalgada desde Londres. Una vez

que ellos colgaron sus capas empapadas los condujo al salón. Todos conocían el camino, porque habían sido visitantes frecuentes después de terminar su educación ahí.

—Creo que todos necesitamos coñac. Randall, ¿nos haces el favor de servirlo?

En silencio Randall fue hasta el armario y sacó cuatro copas. Sus cabellos rubios brillaban a la luz de la lámpara; estaba tan tenso que igual podría quebrarse.

Ella cogió una copa llena y fue a sentarse en su sillón favorito. El coñac le quemó la garganta, pero le agudizó la mente.

—¿Qué ocurrió? ¿Un accidente?

Kirkland asintió. Se veía diez años mayor.

—Ashton no ha estado enfermo ni un solo día en toda su vida. ¿Está la señorita Emily? Es necesario que lo sepa también.

Lady Agnes negó con la cabeza, deseando que su acompañante y amiga de tanto tiempo estuviera ahí para poder lamentarse juntas.

—Se fue a visitar a unos familiares de Somerset y volverá dentro de una semana. Tampoco está el capitán Rowling.

Contempló su copa, pensando si sería decente beber hasta quedar inconsciente; nunca lo había hecho, pero ese sería un buen momento para empezar.

—Fue mi primer alumno —dijo, en voz baja—. Si no hubiera sido por Adam no existiría la Academia Westerfield.

No se dio ni cuenta de que había llamado al duque por su nombre de pila y no por su título.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Masterson—. Nunca nos explicó la historia. Usted sabe cómo era Ash. Tratándose de su vida privada, hacía parecer parlanchina a una ostra.

Mientras él hablaba entró la criada con una bandeja bien cargada.

Los jóvenes se arrojaron como lobos sobre las rodajas de carne, queso, pan y verduras encurtidas. Sonriendo, lady Agnes sirvió clarete para todos, contenta por poder hacer algo por sus cuerpos, ya que no por sus espíritus.

Randall levantó la vista y la miró.

—Cuéntenos cómo comenzó todo.

Ella dudó un momento, pero enseguida comprendió que deseaba, necesitaba, hablar de cómo conoció al duque de Ashton cuando sólo era un niño.

—Acababa de volver con Emily de nuestros años de viajes. Aunque estaba encantada visitando tantos lugares lejanos, me pareció que era hora de volver al terruño. Mi padre no estaba bien y... bueno, había otros motivos también, pero no tienen importancia. Después de tres meses de haber regresado a Inglaterra, estaba impaciente, pensando qué podía hacer con mi vida. Ya le había organizado las cosas al administrador de aquí, de esta propiedad, y necesitaba un reto. Es una lástima que a las mujeres no se les permita entrar en el Parlamento.

Kirkland levantó la vista de su rodaja de carne, sonriendo.

—Me encantaría verla hablar a la Cámara de los Lores, lady Agnes. Me parece que los organizaría a todos en un santiamén.

—Encontré un mejor uso para mi energía. Un día iba caminando por Hyde Park, pensando qué podría hacer con mi vida, cuando oí restallar un látigo. Creyendo que alguien estaba azotando a un caballo, pasé por entre los arbustos y me encontré ante un hombrecillo horrendo que estaba soltándole maldiciones a un árbol. Sobre la rama de un árbol, encima del hombre, estaba Ashton con un cachorro de lo más indescriptible en los brazos.

—¡*Bhanu!* —exclamó Masterson—. Todavía echo de menos a ese perro. ¿Cómo diablos consiguió Ashton subirlo al árbol?

—¿Y por qué? —preguntó Kirkland.

—El hombre era el preceptor de Ashton, un individuo apellidado Sharp. Para ser justa —añadió sensatamente—, Ashton lo estaba volviendo loco. Se negaba a hablar en inglés y a mirar a los ojos a las personas. Su único amigo era ese sucio cachorro que encontré por ahí. Sharp ordenó que mataran al cachorro, pero el mozo al que le asignó la tarea no pudo soportar hacer eso y soltó a *Bhanu* en Hyde

Park. Cuando Ashton se enteró, huyó de la casa Ashton para buscarlo.

—Y no cejó en su empeño de tener al perro hasta que lo consiguió —musitó Randall—. Hombre más tozudo no he conocido jamás.

—¡Mira quién habla! —exclamó Kirkland.

La risa que provocó el comentario alegró un poco la atmósfera. Lady Agnes retomó el hilo de la historia.

—Cuando aparecí yo y pregunté qué pasaba, Sharp desahogó conmigo todas sus frustraciones. Le habían asignado la tarea de preparar al niño para que entrara en Eton. Al cabo de dos semanas ya estaba loco de frustración, y convencido de que el nuevo duque de Ashton era un bobo, que sería incapaz de aprender inglés, y de ninguna manera podría entrar en Eton. ¡El niño era un abominable miembro de Satán! Era un error haberlo nombrado duque, el título debería haber pasado a su decente primo inglés. Pero el padre del niño, bastante tonto, era un primo que creía que nunca heredaría el título, así que se casó con una puta india cuando estaba apostado en esa colonia. De modo que cuando murieron los otros herederos, nuestro Ashton acabó con el título, ante el horror de todos los miembros de la familia.

Sonó una rápida inspiración colectiva.

—Me extraña que Ash no le fuera detrás a su preceptor con un cuchillo —musitó Masterson.

—Yo sentí la tentación de arrebatarse el látigo a Sharp para azotarlo a él.

Pero en lugar de eso miró hacia la rama y vio el sufrimiento en la cara del niño mientras su preceptor despotricaba. El niño entendía todo lo que decía y sabía que lo despreciaban.

En ese momento le cautivó el corazón. Ella sabía muchísimo acerca de ser diferente, un paria en la sociedad para la que se ha nacido. Ese niño pequeño de pasmosos ojos verdes necesitaba una aliada.

—A Ashton lo habían tratado con desprecio todos los que lo rodeaban desde el momento en que se lo arrebataron a su madre en

India y lo embarcaron para Inglaterra. No es de extrañar que tuviera la esperanza de que con desearlo llegara a su fin esa horrible nueva vida. —Miró a cada uno de los jóvenes—. Y eso, señores, fue lo que me dio la inspiración para fundar la Academia Westerfield. Empleé mi más distinguida voz para proclamar que era lady Agnes Westerfield, hija del duque de Rockton, y que poseía una academia para niños de buena cuna y mala conducta. También aseguré que había aprendido métodos antiquísimos de disciplina durante mis viajes por el misterioso Oriente.

»A Sharp se le despertó el interés e hicimos un trato. Si yo lograba que Ashton se bajara del árbol y se comportara con cortesía, él recomendaría a los tutores fideicomisarios que lo enviaran a mi academia en lugar de a Eton. Así pues, convencí al hombre de que se alejara lo bastante para que no me oyera, saqué a relucir el hindi que había aprendido durante mi estancia en India y le pedí a Adam que se bajara del árbol. —Sonrió con cariño, recordando—. Claro que él hablaba inglés, perfecto. Yo sabía que tenía que haber aprendido el idioma de su padre. Pero puesto que yo hice el esfuerzo de hablarle en hindi, él decidió que era hora de bajarse del árbol para vérselas con el mundo que lo rodeaba. —Cuando llegó al suelo tenía la cara mojada por las lágrimas, pero eso ella no se lo diría jamás a nadie—. Aunque yo hablaba muy mal el idioma, por lo menos intentaba hacerlo. Entonces hicimos un trato los dos. Él estaría dispuesto a ir a mi nuevo colegio si le permitía llevar a *Bhanu* y que continuara sus estudios de mecánica, que había comenzado con su padre. Eso lo encontré totalmente aceptable y lógico. A cambio, esperaba que él se aplicara en todos sus estudios y aprendiera a hacer el papel del caballero inglés.

También le prometió que podía guardarse sus pensamientos íntimos. Arrancado del país donde nació y de los brazos de su madre, necesitaba saber eso.

—Entonces comencé la búsqueda de otros alumnos. Todos sabéis cómo llegasteis a Westerfield.

En la nobleza inglesa no había escasez de niños frustrados, que no encajaban en el molde de conducta que se esperaba de ellos. Randall, por ejemplo, había conseguido que lo expulsaran de Eton, de Harrow y de Winchester, los tres colegios privados más prestigiosos de Gran Bretaña; esa hazaña no había sido igualada, creía ella.

Los padres y tutores de los niños de su primera clase se sintieron agradecidos por haber encontrado un colegio respetable que aceptaba a sus niños problemáticos. Su extensa propiedad era muy adecuada para convertirla en colegio, y la elevada alcurnia de ella fue un poderoso aliciente. También lo fue que contratara al general Philip Rawlings. La fama militar del general era estelar, y los padres supusieron que él dominaría con mano de hierro.

Pero el general compartía la creencia que ella defendía de que la violencia no debe ser jamás el primer recurso para tratar a los niños. Aburrido por su jubilación, aceptó la oferta con entusiasmo. Con las conexiones que ella tenía entre el bello mundo y la capacidad de él para dar órdenes a niños sin siquiera levantar la voz, habían creado un colegio único.

Al año siguiente otros padres ya suplicaban por unas plazas, y las clases subsiguientes fueron más numerosas. Ella ya era una experta en aludir a sus misteriosos métodos orientales para crear caballeros bien educados y de buena conducta.

En realidad, sus métodos no eran misteriosos en absoluto, aunque sí poco convencionales. Cuando conocía a un niño, descubría qué era lo que más deseaba y lo que más detestaba; entonces disponía las cosas para que este tuviera lo que deseaba y no lo obligaran a aguantar lo que encontraba inaguantable.

A cambio, les exigía trabajar arduo en sus estudios y en aprender a jugar el juego de la sociedad. Cuando los alumnos comprendían que podían desempeñar los papeles que se esperaba de ellos sin perder sus almas, lo hacían bien.

Kirkland llenó las copas de todos con clarete y levantó la suya en un brindis:

—Por Adam Darshan Lawford, séptimo duque de Ashton y el mejor amigo que podría tener un hombre.

Los otros levantaron sus copas, solemnemente, y bebieron. A lady Agnes se le llenaron los ojos de lágrimas, y deseó que no se le vieran a la tenue luz. No le convenía arruinar su reputación.

Después del brindis, Kirkland dijo:

—Ahora su primo Hal es el octavo duque. Él fue el que nos comunicó la noticia, en realidad. Nos buscó hasta que nos encontró comiendo en el Brooks, porque sabía que desearíamos saberlo lo más pronto posible.

—Hal es un buen tipo —observó Masterson—. Estaba destrozado por la noticia. Heredar un ducado está muy bien, pero él y Adam eran amigos.

Ella conocía al primo de Adam. Realmente era un hombre decente, aunque convencional. La vida y el título Ashton continuarían. Se le ocurrió si habría alguna damita especial a la que debería informar de la muerte de Adam, pero él nunca había manifestado interés por ninguna mujer en particular. Siempre había sido muy reservado acerca de su vida privada, incluso con ella. Bueno, la noticia no tardaría en hacerse pública.

Cayendo en la cuenta de que aún no le habían explicado el accidente qué causó la muerte de Adam, preguntó:

—¿Cómo ha muerto? ¿Cabalgando?

—No —contestó Randall—, estaba probando su nuevo yate a vapor, el *Enterprise*, cerca de Glasgow. Junto con sus ingenieros hicieron una navegación de prueba por el Clyde. Navegaron una buena distancia. Acababan de virar para devolverse cuando explotó la caldera de vapor. Sobrevivieron seis, entre ingenieros y tripulantes, y los demás perdieron la vida.

—Probablemente Ash estaba en la sala de máquinas observando la maldita caldera cuando explotó —dijo Masterson en tono lúgubre—. Eso... habría sido rápido.

Ella pensó que si Ashton hubiera podido elegir la manera de

morir le habría gustado irse de esa manera. Sin duda era el único duque de Inglaterra que sentía esa pasión por construir aparatos mecánicos. Pero era especial en muchos sentidos.

Interrumpió sus pensamientos para asimilar lo que acababa de oír.

—¿Han encontrado su cadáver?

Los jóvenes se miraron entre sí.

—No, que yo sepa —dijo Randall—. Aunque nuestra información podría ser incompleta.

¡Podría estar vivo! Aunque deseaba angustiosamente creer eso, comprendía que esa idea era pura esperanza, no una probabilidad. Sin embargo...

—Entonces no hay ninguna prueba de que haya muerto.

—Con el incendio y el hundimiento del barco en aguas bravas, es posible que nunca se recupere el cadáver —musitó Masterson.

—Pero podría haber sobrevivido —dijo ella. Ceñuda, consideró las posibilidades—. ¿Y si quedó herido y llegó a la orilla a cierta distancia? En unas de sus cartas me explicaba lo fuertes que son las corrientes en las costas escocesas y de Cumberland. Al menos la corriente podría haber llevado su... su cuerpo tan lejos que no se relacionaría con la explosión de un barco a vapor a muchas millas de distancia.

—Es posible, supongo —dijo Randall, ceñudo.

—¿Por qué estáis aquí, entonces, en lugar de andar buscándolo? —ladró ella.

Todos se tensaron ante su tono duro. Al cabo de un largo silencio, Masterson dejó su copa de vino en la mesa con un golpe.

—Pregunta condenadamente buena. Me conmocionó tanto la noticia que me dejó de funcionar el cerebro. Iré al norte a averiguar lo que ocurrió. Los supervivientes podrán decirnos más. Tal vez, tal vez, haya ocurrido un milagro.

—No hay ni una maldita posibilidad —dijo Randall, apenado.

—Tal vez no, pero por lo menos me enteraré de algo más acerca de su muerte —contestó Masterson.

Soltando maldiciones en voz baja se levantó, y se tambaleó, por la combinación de cansancio y bebida.

—Yo iré contigo —dijo Kirkland rotundamente.

Él y Masterson miraron a Randall.

—¡Será una tentativa de locos! —exclamó éste—. Agarrarnos a una falsa esperanza nos hará más amarga la verdad al final.

—A mí no —replicó Masterson—. Me sentiré mejor por saber que lo he intentado. De acuerdo, es improbable que sobreviviera, pero hay posibilidades de que se encuentre su cuerpo.

Randall lo miró ceñudo.

—Muy bien, iré con vosotros. Ashton se merece que lo intentemos con todas nuestras fuerzas.

—Entonces está decidido, señores —dijo lady Agnes—. Podéis pasar aquí el resto de la noche y coger caballos frescos de mi establo. —Se levantó y, después de mirar a cada uno a los ojos, ordenó con voz acerada—: ¡Y si Adam está vivo, espero que lo traigáis a casa!

Capítulo 2

Cumberland, noroeste de Inglaterra

Dos meses antes

Cuando el recorrido de la casa finalizó en el salón, Mariah Clarke estaba mareada de felicidad. Se dio una vuelta completa con los brazos abiertos y el pelo rubio volando, como si tuviera seis años, y no fuera una mujer adulta.

—¡Es maravillosa!

Charles, su padre, fue a situarse junto a la ventana, para admirar el Mar de Irlanda, que brillaba a lo largo del límite occidental de la propiedad.

—Por fin tenemos casa. Una digna de ti. —La miró afectuoso—. A partir de hoy eres la señorita Clarke de Hartley Manor.

Señorita Clarke de Hartley Manor. Eso lo encontraba bastante amedrentador. Era hora de actuar como una damita. Se enderezó, se recogió el largo pelo y se lo enrolló en un moño flojo, con el fin de tener un aspecto más de acuerdo con sus veinticinco años, de verse más parecida a Sarah. Cuando era pequeña se pasaba bastante tiempo sola, así que se imaginó que tenía una hermana gemela llamada Sarah, que siempre estaba dispuesta a jugar. Siempre leal; la amiga perfecta.

Sarah era también una dama perfecta, ella no. Si Sarah fuera real, estaría vestida impecablemente y no llevaría ni un solo pelo fuera de lugar. A su vestido no le faltarían botones ni estaría manchado por

sentarse en la hierba. Siempre cabalgaría en silla de mujer; no escandalizaría jamás a la gente del campo cabalgando a horcajadas. Sería capaz de hechizar a todo el mundo, desde bebés malhumorados a coroneles cascarrabias.

—Tendré que aprender el arte de supervisar una casa grande. ¿Podemos permitirnos tener más criados? Los tres que hay no bastan para una casa de este tamaño.

Él asintió.

—La misma partida de cartas en que gané Hartley Manor produjo también una bonita suma de dinero. Bien administrado, habrá suficiente para proveer convenientemente de personal la propiedad y hacer mejoras. Además, si administramos bien todo esto, producirá respetables ingresos.

Mariah frunció el ceño, desazonada por el recordatorio de cómo adquirió su padre esa propiedad.

—¿Quedó arruinado el caballero que perdió la propiedad?

—George Burke procede de una familia rica, así que no se va a morir de hambre. —Se encogió de hombros—. No debería haberse jugado la propiedad si no podía permitirse perderla.

Aunque ella no podía ser tan desdeñosa como su padre respecto al destino de Burke, no continuó con el tema. De niña había vivido con su bisabuela, que tenía sangre gitana. Y después de la muerte de Nani Rose, su padre se la llevó consigo a todas partes. Aunque lo quería, nunca le gustó esa vida errante, en la que con su encanto y habilidad con las cartas él había creado una vida a veces imprevisible.

Entonces, cuando el billetero de Charles estaba particularmente plano, ella decía la suerte en las ferias de las aldeas, habilidad que había aprendido de su bisabuela. No sabía ver el futuro, pero era buena para calar a las personas, así que las dejaba más felices con la vida y sus perspectivas.

Echar la suerte no era una actividad que la señorita Clarke de Hartley Manor pudiera confesar jamás. Menos mal que ya no tendría que volver a hacerlo.

—Les echaré una mirada a los libros de cuentas de la propiedad para entender mejor nuestras finanzas.

—Mi práctica niñita —dijo él, divertido—. Tendrás este lugar en orden en un santiamén.

—Eso espero, por supuesto. —Quitó la funda de holanda del mueble más cercano, que resultó ser un sillón de orejas tapizado en brocado azul. Como la mayoría de los muebles que quedaban en la casa, estaba raído, pero podía servir. En todas las habitaciones y paredes había espacios vacíos donde habían estado las cosas más valiosas. Qué más daba, los muebles y los cuadros siempre se podían reemplazar—. Con tan pocos criados, ni la casa ni el jardín estaban cuidados como sería de desear.

—Burke prefería gastar su dinero en una vida elegante en Londres —explicó Charles. La miró con el pesar que revelaba que estaba pensando en la madre que ella no recordaba—. Serás una espléndida señora de la propiedad. Pero es mejor que te diga ahora mismo que tan pronto como estemos instalados, tendré que marcharme y estaré fuera unas semanas.

Ella lo miró consternada.

—¿Es necesario eso, papá? Creí que ahora que tenemos un hogar, viviríamos en él.

—Y viviré aquí, Mariah. —Curvó la boca, irónico—. Ya no soy tan joven, y la idea de una casa cómoda es muy atractiva. Pero tengo que ocuparme de... de unos asuntos familiares.

—¡Asuntos familiares! —exclamó ella, sorprendida—. No sabía que tuviéramos familia.

—Tienes un montón. —Desvió la vista y contempló el mar otra vez—. Yo era la oveja negra y mi padre me repudió. Y con justicia, podría añadir. Ahora que me he vuelto respetable, es el momento de mejorar las relaciones.

Familiares. Qué concepto más extraño.

—¿Tienes hermanos? ¿Hermanas? ¿Tal vez yo tengo primos?

—Primos, ciertamente. Aunque yo no conozco a ninguno.

—Exhaló un suspiro—. Yo fui un joven muy alocado, Mariah. Sólo comencé a madurar cuando me responsabilicé de ti.

Ella intentó imaginarse cómo sería tener una familia aparte de su padre.

—Háblame de tu... de nuestra familia.

Él negó con la cabeza.

—No diré nada más. No quiero que te sientas desilusionada si todavía me está vedado entrar en la casa de mi familia. —La miró con expresión triste, sombría—. La verdad es que no tengo ni idea de qué ne encontraré ahí.

—Seguro que por lo menos algunos de tus parientes te darán una buena acogida. —Y añadió, intentando no revelar tristeza en la voz—: ¿Yo podría visitarlos?

—No me cabe duda de que incluso parientes que no me aprueban estarán encantados de conocer a la señorita Clarke de Hartley Manor. —Sonrió de oreja a oreja—. Ahora vamos a visitar la cocina. He descubierto que la señora Beckett es una excelente cocinera.

Ella lo siguió feliz, lista para probar el pan cuyo olor le había llegado cuando se estaba horneando. Valdría la pena añorar a su padre dos o cuatro semanas para por fin tener una familia.

Hartley Manor, varias semanas después

Mariah despertó con una ridícula sonrisa en la cara, lo que ya le ocurría todos las mañanas. Se bajó de la cama, se echó encima una bata y fue hasta la ventana a contemplar la brillante arena que bordeaba el mar. Todavía le costaba creer que esa hermosa propiedad se hubiera convertido en su hogar. De acuerdo, aun quedaba mucho trabajo por hacer, pero cada día había alguna mejora. Cuando regresara, su padre se sentiría sorprendido y complacido por su trabajo.

Una suave lluvia flotaba en el paisaje, tenue y mágica. Personalmente, no habría elegido el rincón más húmedo de Inglaterra para

vivir, pero era igual. Puesto que estaba ahí, ya le gustaba cada gota de lluvia y cada giro de la neblina.

Con la esperanza de recibir una carta de su padre ese día, se vistió, procurando arreglarse lo mejor posible para parecerse a su digna hermana imaginaria. Mientras se cepillaba el pelo hizo la lista mental de las tareas de ese día. Después de desayunar iría al pueblo; primero visitaría al párroco, que le había prometido sugerirle hombres que pudieran ser buenos criados de puertas afuera.

El pensamiento se le quedó en el párroco. El señor Williams era soltero y atractivo, y ella había detectado simpatía en su mirada siempre que se encontraban. Si andaba buscando esposa desearía a Sarah, no a ella, pero estaba haciendo progresos en mostrarse respetable.

Después de visitar al señor Williams iría a tomar el té con su nueva amiga, la señora Julia Bancroft. Conocer a una mujer inteligente y entretenida de más o menos su misma edad era en cierto modo mejor que la admiración del párroco.

Viuda, Julia era la partera del pueblo y también sustituía al médico ya que no había ninguno en varias millas a la redonda. Trataba lesiones, heridas y enfermedades de poca importancia y sabía algo de hierbas.

Se conocieron a la salida de un servicio dominical y al instante trabaron amistad. Nani Rose le había enseñado muchísimas cosas acerca de las hierbas, y puesto que ella no era una curandera natural como Julia, la alegraba poder pasar los conocimientos de su bisabuela a una mujer que los valoraba.

Cuando ya no le quedó ningún nudo en el pelo, se lo enrolló en un pulcro moño en la nuca. Sarah lo aprobó. En ese momento entró la joven criada que la servía en todo, trayendo una bandeja con tostadas y una taza de chocolate caliente, y la ayudó a vestirse. Eso la hizo sentir como una gran dama.

Después de terminar su ligero desayuno, se puso los guantes y la capa, cogió su papalina de paja y bajó la escalera silbando alegremen-

te. Antes de llegar a la cocina dejó de silbar; estaba segurísima de que Sarah no sabría silbar.

—Buenos días, señorita —la saludó la cocinera, la señora Beckett.

Hablaba con un acento cumbriano tan marcado que ella casi no le entendía nada, pero daba igual. Era una buena cocinera y había acogido bien a los nuevos propietarios porque vivían en la casa. Durante años había sido alternativamente ama de llaves y cocinera, en las raras ocasiones en que el anterior propietario decidía hacer una visita. Era bueno tener un puesto seguro, le había confiado, pero echaba en falta que hubiera personas en la casa.

—¿Necesita algo de las tiendas? —le preguntó Mariah.

La cocinera negó con la cabeza.

—No se necesita nada, la despensa está llena. Que tenga un agradable paseo, señorita.

Mariah se estaba abrochando la capa cuando entró la criada con los ojos como platos.

—Ha venido a verla el señor George Burke, señorita —dijo a borbotones.

A Mariah se le desvaneció la alegría. ¡Ojalá estuviera su padre! Pero hacía más de una semana que no recibía ninguna carta de él.

—Supongo que debo recibirlo —dijo, de mala gana—. Pídele, por favor, que espere en el salón pequeño. —Cuando salió la criada, dijo—: A estas horas supongo que no debo servirle refrigerios. ¿Qué querrá?

La señora Beckett la miró ceñuda.

—No sé que querrá el señor Burke, esa es la verdad. Oí decir que estaba alojado en la Bull and Anchor.* Esperaba que el granuja se marchara de Hartley sin pasar por aquí. Cuídese de ese hombre, señorita Mariah.

Menos mal que se había vestido para salir, pensó ella. Eso le daría el pretexto para acortar el encuentro.

* Bull and Anchor: Toro y Ancla. (*N. de la T.*)

—¿Estoy decente?

—Desde luego, señorita.

Evocando la expresión serena de Sarah, se dirigió al salón pequeño. Cuando llegó a la puerta vio que George Burke estaba contemplando una mesita taraceada. De unos treinta y tantos, tenía el pelo claro y era bien parecido de un modo campechano, masculino.

—¿Señor Burke? —dijo, entrando—. Soy Mariah Clarke.

—Gracias por recibirme —contestó él, pasando las yemas de los dedos por la madera taraceada, melancólico—. Esta mesa perteneció a mi abuela.

Era una mesa bonita y a ella le gustaba, pero con su padre habían acordado que debían permitirle llevarse sus pertenencias y cualquier cosa que tuviera valor sentimental para él.

—Pues, entonces debería llevársela, señor Burke.

Él no la había mirado cuando entró, pero al oírla levantó la vista. Y le cambió la expresión. Mariah ya conocía esa expresión; era la de interés de un hombre que encuentra atractiva a una mujer y que está pensando cómo podría llevársela a la cama.

—Es usted muy amable —dijo él, entonces—. Lamento que nos conozcamos en estas circunstancias.

¿Para qué ha venido, entonces?, pensó ella.

—¿Ha venido a Hartley de visita? —le preguntó fríamente.

—Estoy alojado en la posada. —Frunció el ceño—. Esta es una situación muy violenta. He venido principalmente porque no sabía si le han comunicado la noticia acerca de su padre.

Ella sintió subir la alarma por el espinazo.

—¿Qué noticia? Si desea hablar con él deberá esperar a que regrese de Londres.

—O sea, que no lo sabe. Lo suponía. —Desvió la cara para no mirarla a los ojos—. A su padre lo mató un bandolero justo en las afueras de Londres, en Hertfordshire. Yo estaba alojado en la posada del pueblo cuando me enteré que habían asesinado a un desconocido, así que pasé a ver el cadáver por si podía identificarlo.

Reconocí inmediatamente a su padre. La cara, la cicatriz en el dorso de la mano izquierda. Era él, indudablemente.

Ella ahogó una exclamación de incredulidad.

—¿Cómo sé que me está diciendo la verdad?

—¡Me insulta, señora! —exclamó él. Hizo una inspiración profunda—. La disculpo porque se debe a su dolor. Si no me cree... ¿cuánto hace que recibió la última carta de él?

Demasiado. Al principio recibía una carta cada dos días.

—Esto... hace más de una semana.

Fue a sentarse en un sillón, todavía sin poder creer que su padre hubiera muerto. Pero los caminos eran peligrosos, y había estado muy nerviosa por la falta de cartas. Su padre le había prometido escribirle con frecuencia, y siempre cumplía su palabra.

—Rescataron esto de su cadáver. —Del bolsillo del chaleco sacó un anillo de oro en el que estaba grabado un retorcido dibujo celta—. No sabía si tenía familia, pero puesto que venía de camino a Hartley, dije que intentaría devolverlo.

Ella cogió el anillo con la mano temblorosa. El anillo estaba bien usado y lo conocía muy bien. Su padre lo llevaba siempre.

Cerró la mano enguantada sobre él y admitió que Burke decía la verdad. Estaba sola en el mundo. En su última carta su padre no le decía que ya había visitado a sus familiares distanciados, así que ellos no sabían nada de su existencia. Ella no tenía la menor idea de dónde vivían, por lo tanto no podía escribirles para presentarse. A todos los efectos prácticos, ellos no existían.

Estaba sola. Ya habían muerto Nani Rose y su padre, y lo único que tenía era Hartley Manor. Aunque claro, eso era muchísimo más de lo que había tenido dos meses antes.

Todavía en medio de la conmoción y la incredulidad, preguntó:

—¿Por qué no me lo comunicó para que pudiera ocuparme de que lo enterraran adecuadamente?

—En ese momento yo no sabía de su existencia. Pero puede tener la seguridad de que lo enterraron decentemente. Puesto que lo cono-

cía, di a las autoridades el dinero para que lo enterraran en el campo santo del pueblo. También les di el nombre y la dirección del abogado de su padre, al que conocí durante el traspaso de la propiedad. Supongo que va a recibir una carta de él.

—Gracias —dijo ella, aturdida.

—Esto es muy difícil, señorita Clarke —continuó él secamente—, pero debo decirle que su padre hizo trampas el día que ganó esta propiedad. Yo estaba dispuesto a meterle un pleito, pero su muerte complica la situación. Volví a Hartley con la intención de reclamar mi propiedad y entonces me enteré de su existencia. Decidí que sería mejor venir para darle la mala noticia si aún no la sabía.

Esas palabras la sacaron bruscamente del aturdimiento.

—¡Cómo se atreve a hacer esa acusación! ¡Insulta a mi padre, señor!

A pesar de su protesta, en un pequeño y frío recoveco de su mente dudaba de que tal vez esa acusación fuera cierta. En general su padre era un jugador honrado; como él le había dicho más de una vez, el juego era simplemente un buen negocio, y si hacía trampas no tardaría en perder la posibilidad de jugar con caballeros.

Pero Charles Clarke sabía hacer trampas. Le había hecho la demostración de diversos métodos de marcar las cartas al barajarlas y otras técnicas, para que ella las reconociera cuando estuviera jugando. Ella era buena en los juegos de cartas, y había descubierto que hasta las grandes damas hacían trampas por muy antiguos y honorables que fueran sus apellidos. En estos casos también sabía hacer trampas si lo encontraba necesario. Pero ante Burke no podía manifestar sus dudas.

—Mi padre era un hombre honrado. Si estuviera aquí sabría defenderse de esa calumnia.

—Puesto que ya no está con nosotros, no hablaré más de lo que hizo. —Le miró atentamente la cara, y ella vio una expresión calculadora en sus ojos azul claro—. Señorita Clarke, sé que este no es un buen momento, pero se me ha ocurrido una idea. Usted ha quedado

huérfana y yo deseo recuperar mi propiedad. Estaba dispuesto a recurrir a la ley para reclamarla, pero los tribunales son lentos y caros. Hay una solución más conveniente para los dos.

Mariah se limitó a mirarlo, sólo medio consciente de sus palabras. No había ninguna solución que le devolviera a su padre.

—Necesito esposa, y usted es una dama delicada que necesita a un hombre que la proteja. Le propongo que nos casemos. No habrá pleito ni nada desagradable. Los dos tendremos un hogar, ingresos y buena posición en la comunidad. Será un matrimonio idóneo. —Paseó la mirada por el salón, aprobador—. Veo que se lleva bien la casa bajo su supervisión, lo que me complace casi tanto como su belleza y elegancia. ¿Me hará el honor de ser mi esposa, señorita Clarke?

A ella le bajó la mandíbula sola, de la impresión. ¿Un absoluto desconocido le pedía que se casara con él porque sería «conveniente»? Ese era el problema de simular ser una dama: era evidente que parecía una idiota indefensa.

La proposición era estrambótica, aun en el caso de que él le gustara, que no le gustaba. De acuerdo, era bien parecido y su proposición tenía una traicionera lógica, pero ella no tenía el menor deseo de unir su vida a la de un jugador. Había visto el infierno que creaban esos hombres a sus familias. Si se casaba con él, estaría a su merced.

Lo absurdo de la proposición la empujó hasta el borde de la risa histérica. Se cubrió la boca con una mano pero no consiguió sofocar la risa.

A él se le tensó la mandíbula.

—¿Encuentra risible la idea? Le aseguro que mi cuna es más que respetable, y yo diría que es evidente que el matrimonio es muy conveniente para los dos. Para ser franco, usted se beneficiará más que yo, dado su turbio origen. Yo en su situación consideraría con mucho detenimiento una proposición de matrimonio honorable.

La señora Beckett la había advertido en contra de Burke, y la expresión de sus ojos le confirmaba que podía ser un hombre peli-

grosso si se lo fastidiaba. Se puso seria y le dirigió su mejor mirada de ojos agrandados.

—Lo siento mucho, señor Burke, me he reído porque estoy abrumada por todo lo que... lo que ha ocurrido.

Le resultaba fácil parecer confundida y apesadumbrada, pero ¿qué excusa podía alegar que lo alejara de una vez por todas?

Entonces se le ocurrió una idea loca. La pensó un instante, bastante consternada por su capacidad para inventar mentiras; pero esa determinada mentira serviría bien a sus fines.

—Me siento honrada por su proposición —dijo, con su expresión más sincera—, pero ya tengo marido.